

EL MERIDIANO

Santiago Gascón

Heridos

Tras los atentados de París en noviembre compartí tertulia con un diplomático francés que afirmó sentirse orgulloso de que su presidente hubiera ordenado bombardear Siria y que Francia y Europa debían armarse. ¿Más todavía?, pregunté, pero si llevábamos dos milenios de guerras santas y cruzadas, de conquistas, reconquistas, invasiones recíprocas, batallas y atentados. Tal vez —dije sin que me escuchara el cónsul— convendría probar nuevas estrategias para entendernos de otra manera. El mundo necesita respuestas nuevas a problemas que se nos han ido de las manos. Y si los políticos carecen de imaginación, tendremos que asumir que esa otra mirada es responsabilidad de todos.

A alguno le han incomodado las palabras del alcalde de Zaragoza. Estamos recogiendo, dice, la violencia que sembramos. No sé por qué molesta una reflexión tan obvia. Occidente colonizó Oriente Próximo, lo descolonizó a su antojo, chapucemente, troceando países, colocando a títeres como dictadores, derrocándolos cuando se creían su papel. No se trata de ver quién comenzó la pelea o atizó el primer golpe. Necesitamos avanzar hacia una solución.

Una idea pareció arraigar en los atentados de noviembre: aquellas bombas iban dirigidas a la raíz de los principios de la democracia y de la libertad. Considerando a París y no a Atenas (que bastante tenía con la deuda y los refugiados) como cuna de la libertad, la fraternidad y la igualdad. Sea o no así, la esencia de Occidente, la que yo defiendo, está en grave peligro. Diría que tocada mortalmente si no hubiéramos conocido a Hitler, Franco o Mussolini. Los países europeos, especialmente los nórdicos, los que deciden quién debe recibir el Nobel de la Paz, han concluido que Turquía se convierta en un gigantesco campo de refugiados que huyen de la guerra y de la miseria. La nación turca, con innumerables intentos fallidos para integrarse en una Europa moderna y democrática, es extensa y, hasta el momento, tolerante. Los atentados se reproducen en su territorio, su población se radicaliza y puede acabar en un polvorín.

No sé si la 'fraternité' fue herida de muerte en París o lo fue en Oslo, en Bruselas o en Ankara. Pero cuando leo lo de los atentados en el norte y en el sur, me duelen los muertos y mi democracia herida.

EL REFLEJO | José Luis Martín Cárdbaba

La pederastia clerical en 'Spotlight'

'Spotlight' nos cuenta cómo una investigación periodística puso al descubierto la implicación del cardenal Law en los casos de pederastia en la diócesis de Boston

He visto 'Spotlight', la película premiada con el Óscar al mejor guion y comparto esa valoración. Se basa en hechos reales narrados con acierto: la pederastia de un 6% del clero local encubierta dolosamente por la jerarquía católica de la archidiócesis de Boston. En especial, por el cardenal Law, su arzobispo, quien no ahorró tretas para proteger a los sacerdotes pederastas de sus parroquias hasta que 'The Boston Globe' denunció su silencio, acusándolo de encubrimiento sistemático. La llegada a la redacción del diario de un nuevo director estimuló a los redactores de la sección 'Spotlight' (foco o centro de información), periodistas de investigación curtidos, a reflexionar sobre el marcado tinte religioso de la ciudad, que también tenía inconscientemente sus opiniones. ¿Evitar incomodar a sus numerosos lectores católicos, a los que temían perder, o rastrear la verdad, como les pedían su instinto profesional y el empuje del nuevo director, cuyo objetivo era mostrar el carácter institucional del silencio jerárquico?

Los periodistas emprendieron

un arduo trabajo en busca de pruebas y testigos del drama de la pedofilia padecido por los niños, feligreses de las parroquias pobres de la ciudad; y para desmascarar el delictivo papel de encubridor de unos 90 sacerdotes por parte del cardenal Law. Ante la ley eran delincuentes, a los que se debería haber llevado a los tribunales. Sin embargo, lo único que se producían eran cambios de destino, traslados entre diversas parroquias o bajas por enfermedad e ingreso en clínicas siquiátricas especializadas. Era la forma de camuflar a los violadores sin mancillar el nombre de la Iglesia, a pesar de que los protegidos abusaban sexualmente de niños.

Parecería que el guion plantea una confrontación entre dos poderes muy influyentes: la prensa y la religión católica. Sin embargo, lo que se muestra es la pugna entre transparencia y oscurantismo ante la verdad. La película no es anticatólica. Es sutil en el tratamiento de un tema enormemente noticiable. Describe las obras de beneficencia y ayuda de la Iglesia en favor de indigentes y desvalidos, pero, al mismo tiempo, no se

para ante la opulencia y el lujo del arzobispo Law en su palacio y en sus relaciones sociales, hoy en contraste con la sencillez de un pontífice como el papa Francisco. La película narra los hechos, anteriores a 2002, que llevaron a la dimisión del cardenal y su refugio en el Vaticano, para sustraerlo a acciones de la Justicia estadounidense por el encubrimiento de los casos de pederastia en su diócesis.

La pedofilia es un lastre de la sociedad contemporánea. Contra lo que algunos afirman, en el caso de clérigos no es consecuencia del celibato sacerdotal, ya que de ser así los impulsos sexuales se orientarían a relaciones con personas adultas. Se cuenta que los gallegos, en referencia a esas picardías clericales hipócritas, decían socarronamente que en su tierra los curas tenían muchos sobrinos: hijos, fruto de la incontinencia sexual. La descendencia, en vez de padre, llamaba a los progenitores tíos. Los líos de faldas parecen más propios de países latinos que anglosajones, más inclinados —al menos en la literatura— a la homosexualidad. Recuerdo un chiste sobre las 'public schools' británicas, donde solo se

matriculan chicos. Un profesional de renombre preguntaba a un colega sobre el colegio donde se formó: «¿Winchester, Harrow, Eton...?», terminando con «¿homosexual?». A mediados del siglo pasado escandalizó una novela, en parte autobiográfica, de Roger Peyrefitte titulada 'Les amitiés particulières': describía los amoríos juveniles en un internado católico francés. Así se designaban las relaciones sentimentales de pubertad en colegios y seminarios católicos masculinos.

Los tiempos actuales son más maliciosos. Los instrumentos de difusión, más rápidos; los casos, más numerosos y graves. Un católico no tiene por qué renegar de su fe al conocer tamaños despropósitos de algunos pastores. Lo decisivo es la transparencia en denunciar, seguida del repudio intransigente de quienes son esclavos de esas inclinaciones. Lo digo como católico y aun reconociendo que en nuestra Iglesia todavía anidan fuerzas conservadoras partidarias de tapar los escándalos por el qué dirán. Me gustó la distinción del novelista y filósofo francés Éric-Emmanuel Schmitt sobre saber y creer: «Saber no es creer —decía—; no sé si existe Dios, pero lo creo». La fe no es pues un modo de conocimiento científico, sino la seguridad de habitar la ignorancia humana hacia Dios saltando sobre los errores y delitos cometidos en su nombre por personas e instituciones de todas las religiones.

LA OPINIÓN | Sira Hernández Corchete

Razón, voluntad y palabra

Cuando las palabras se vacían de contenido y se despegan del pensamiento y de la realidad, la retórica se convierte en demagogia y la democracia se empobrece

La palabra, el arma más poderosa según muchos, el logos aristotélico con el que el hombre puede conocer el mundo que le rodea; cambiarlo o alumbrar otros mundos posibles, no ha servido para que, tres meses después de las elecciones, los representantes de las fuerzas políticas hayan alcanzado un acuerdo para formar gobierno. Su incapacidad para superar sus diferencias y encontrar puntos de unión revela, en el fondo, una manifiesta incapacidad de comunicación.

La comunicación por medio de la palabra precisa para ser efectiva de razón y voluntad. El hombre no es inteligente porque habla, sino que habla porque es inteligente. Solo puede hablar el que sabe hablar, es decir, el que piensa. La palabra también implica a la voluntad. No hay ningún motivo racional que lleve a los hispanohablantes a llamar a una misma realidad casa: solo una de-

cisión voluntaria socialmente aceptada para propiciar el entendimiento, la comunicación. En efecto, el lenguaje humano es convencional, intencional. Las palabras tienen un significado objetivo, que se forja tras la conceptualización del objeto percibido por los sentidos y aprehendido por la inteligencia, y que se comparte para que todos los hablantes de una lengua lo conozcan y puedan hacer uso de él.

Cuando la intencionalidad del lenguaje falla, esto es, cuando lo dicho no remite a lo pensado ni a la realidad, la comunicación se trunca. Cuando las palabras se vacían de contenido o pasan a designar lo que cada uno quiere en cada momento, el lenguaje se deshumaniza. Cuando una de las potencialidades del lenguaje, la persuasión, se explota en el debate político buscando el beneficio propio en lugar del bien común, la retórica, entendida como

el arte de ver en cada realidad el poder de convicción que tiene, se torna en demagogia.

Resulta reconfortante, no obstante, ver cómo en ocasiones el ágora contemporánea, el parlamento, sigue haciendo honor a su nombre. Sin ir más lejos, el de La Rioja acogió el 18 de marzo la final de la Liga de Debate Interuniversitario del Grupo 9 de Universidades, entre la Universidad de Zaragoza y la de Cantabria. En ella, tres alumnos de Ingeniería de Organización Industrial del Centro Universitario de la Defensa en la Academia General Militar defendieron, en representación de la primera, las acciones militares como solución a la crisis de los refugiados en Europa. Ganaron, pero no porque sus rivales careciesen de capacidad oratoria, sino porque, al margen de su alta preparación técnica, cada una de sus palabras denotaba un compromiso firme con lo que pensaban y con

la realidad que conocían. Un ejemplo para muchos políticos.

Resulta paradójico que la victoria de estos futuros oficiales del Ejército de Tierra en la citada liga de debate llegase pocos días después del desplante a la institución militar protagonizado por la alcaldesa de Barcelona, Ada Colau; quien, a pesar de su total desconocimiento de la formación que reciben los militares hoy en España y de los valores que promueve el Ejército, insinuó que estos solo conocen el lenguaje de las armas y abogó en el Salón de la Enseñanza por «separar espacios» y «desmilitarizar la educación». No dudo de la adecuación de sus palabras a su forma de pensar, pero sí de la adecuación de su pensamiento a la realidad.

La comunicación busca unir a las personas, pero ciertos políticos se empeñan en usar el lenguaje para dividirlos. El hombre habla porque piensa y quiere comunicarse, hacer sociedad. Por eso, más les valdría a algunos permanecer callados en determinadas situaciones, pues si lo están pueden pasar por ignorantes o asociales, pero si hablan muestran sin remedio que lo son.

Sira Hernández Corchete es profesora de Comunicación en el Centro Universitario de la Defensa de Zaragoza